
LA VIDA: EL CENTRO DE NUESTRA EXISTENCIA

AGUSTÍN OSTACHUK

La vida es el centro de nuestra existencia. Uno estaría tentado a afirmar que ante todo vivimos. Sin embargo, nuestra existencia no parece transcurrir en esa modalidad. El materialismo exacerbado en el que transcurre nuestra existencia desplaza a la vida del centro de la escena. Nuestra sociedad está organizada en torno a la producción, el consumismo, la explotación, la eficientización, el comercio y la propaganda. Es decir, nuestra existencia parece tener como centro de organización de nuestras actividades a la economía. La lucha de este siglo que comienza es poner a la vida en el centro de nuestra existencia, y poner a la economía en el lugar que le corresponde, es decir, al servicio de la vida.

¿Qué significa poner a la vida en el centro de nuestra existencia? Significa que todas las actividades humanas deben estar guiadas y dirigidas a garantizar las mejores condiciones de vida. El objetivo debe ser vivir bien, o mejor aún, el buen vivir, como dirían los pueblos originarios sudamericanos. Esto requiere un cambio radical en la forma de pensar y en las ideas prevalentes en nuestra sociedad. La principal de estas ideas es que todos tenemos derecho a una buena calidad de vida, a la satisfacción de todas las necesidades básicas e importantes para el desarrollo de nuestra existencia y de nuestras potencialidades. Tal vez la idea más preponderante que atenta contra la idea anterior sea el concepto malthusiano de "lucha por la existencia". Esta idea se halla tan extendida y naturalizada que se considera una verdad incuestionable. Se ha extendido tanto la idea de que los recursos son escasos e insuficientes para el sostenimiento del conjunto de la sociedad, que aceptamos esta idea como algo natural, es decir, como si estuviera inscrita en la naturaleza. Creer esto tiene sus consecuencias, y muy severas por cierto, ya que crea un escenario para nuestra existencia en el que reina el sálvese quien pueda. Es imprescindible derribar este mito, porque es tal vez la idea nuclear y nodal que atenta contra nuestro objetivo de poner a la vida en el centro de nuestra existencia. Esta idea es tan peligrosa porque pone a la vida en el centro de la existencia, pero para ponerla en riesgo, en una incertidumbre constante, en una amenaza inmi-

Centro de Estudios de Historia de la Ciencia y de la Técnica José Babini, Universidad Nacional de San Martín, Buenos Aires, Argentina. / aostachuk@unsam.edu.ar

nente, es decir, en definitiva para introducir el miedo en la vida, y con ello en nuestra existencia cotidiana. Derribar esta falsa idea sería devolverle a la vida el poder y la confianza que posee por naturaleza propia. Este empoderamiento de la vida traería consigo innumerables cambios y beneficios. Por empezar, cada uno dejaría de estar tan preocupado en sus propias cuestiones y empezaría a pensar más colectiva y comunitariamente, con la consiguiente generación de nuevos tipos de espacios y organizaciones. Estas organizaciones serían por naturaleza más horizontales, ya que la verticalidad y la jerarquización social son signos, síntomas del control social necesario en un contexto de escasez.

La segunda cuestión importante en cuanto a poner a la vida en el centro de nuestra existencia es replantear nuestra relación con la naturaleza y entre los mismos seres humanos. La relación básica ya no podrá ser la de apropiación y explotación de recursos naturales y humanos. Será necesario comprender que ello implica un verdadero atentado contra la vida, ya que ésta se encuentra presente en todos los seres vivos y sus medios ambientes. Se requerirá una visión de la naturaleza en la que la relación básica sea entre sujeto y sujeto, más que entre sujeto y objeto, y que, por lo tanto, sea una relación impregnada de profundo respeto y hasta de veneración. Ver a la naturaleza como la expresión de la vida misma. ¿Esto supone estar en contra del progreso? Al contrario, implica asegurar el progreso. Indica que la vida misma conlleva en sí su propio progreso. El hombre deberá estar atento a asegurar la continuidad de las condiciones y de los recursos naturales, estableciendo una relación más colaborativa que extractivista con la naturaleza. El hombre deberá ver que él mismo es parte de la naturaleza y que surge a partir de ella. Esto le permitirá relacionarse de otra manera con la naturaleza, ya no mediante la oposición, enfrentamiento y explotación, sino de complementariedad, reciprocidad y comunidad. Se trata de ver que todos formamos parte de esa corriente y principio que llamamos vida.

De esta manera, vemos que poner a la vida en el centro de la existencia implica cuestionar y revisar las ideologías y las formas actuales de ver el mundo. Estas ideologías se trasplantan de un área de saber a otra, se diseminan extensamente y llegan a formar parte del denominado sentido común. Cabe señalar que son sólo puntos de vista, ideas, a las que hay que remplazar simplemente por otras, más sanas y curativas. Porque las ideas enferman, al hombre y a la naturaleza. Entonces se vuelve imprescindible poner en lugar de importancia fundamental al concepto de salud. Y no sólo el concepto de salud individual, sino sobre todo el concepto de salud colectiva, o mejor aún, el de salud ambiental. En esta nueva cosmovisión, se deberá asegurar y garantizar el desarrollo de ambientes saludables, que son aquellos en los que existen relaciones de sana cooperación, ayuda mutua, complementariedad y colaboración, no sólo en las relaciones

humanas, sino también en las relaciones entre el hombre y su ambiente. Bajo esta concepción, cada sujeto del sistema cumple un rol importante e insustituible, con lo cual la relación fundamental entre ellos no podrá ser la de explotación y usufructo, sino la de cooperación para la satisfacción de una necesidad de la que todos se verán beneficiados. No hay ideas más enfermizas en la actualidad que la de que los recursos son escasos y que, por ende, estamos condenados a una "lucha por la existencia", y la de que la relación fundamental entre el hombre y la naturaleza es la de explotación y usufructo indiscriminado. Ambas ideas van de la mano y se retroalimentan mutuamente.

En definitiva, la ciencia debe hacer consciente y asumir el contenido ideológico de su propia actividad. La ciencia no es una actividad aséptica ni neutral, sino que está inmersa en el campo ideológico de la cultura dominante, y sus fines y objetivos están dirigidos, en última instancia, por el mismo. En los últimos años se ha intensificado enormemente la mercantilización de la ciencia y la educación. Este proceso ha sido justificado en gran medida con el razonamiento de que la ciencia debe ser útil y responder a las demandas y necesidades sociales. Lo que no se explicita en ese razonamiento es lo que se pretendía era que la ciencia respondiera a las demandas y necesidades de la sociedad capitalista. Una ciencia que responda únicamente a los parámetros de la producción de mercancías y de bienes de consumo es una ciencia desvitalizada, una ciencia donde la vida no ocupa el centro de sus actividades. La ciencia debe responder a las demandas y necesidades de la sociedad, pero de una sociedad que aspire a garantizar la calidad de vida para la humanidad entera, que aspire a encontrar los modos posibles de alcanzar ese objetivo. Una ciencia y una sociedad en la que los parámetros importantes y los valores no sean los de productividad, eficiencia y rendimiento, sino los de distribución equitativa, igualdad de posibilidades y respeto por la vida. Esta nueva ciencia y esta nueva sociedad requieren de una nueva mentalidad y una nueva conciencia. La conciencia individual deberá dar paso a una conciencia más colectiva, una conciencia que no se detenga en los límites ectodérmicos individuales, sino que se extienda y abrace no sólo a la humanidad entera, sino a la naturaleza en su conjunto, y adquiera una cosmovisión holística. Una cosmovisión en la que humanidad y naturaleza conforman un todo indisoluble, integrado y absolutamente complementario, en el que cada sujeto cumple un rol fundamental para el progreso y prosperidad del sistema.

Esta cosmovisión holística permitirá poner de nuevo a la vida en el centro de nuestra existencia. Nos otorgará la conciencia de que todos, y todo, formamos parte de una misma corriente que nos une y nos atraviesa. Una corriente que nos conducirá a un futuro más digno y saludable, y a una evolución y progreso más integral y sistémico. Alguno podría pensar que

esto es sólo una utopía, un ideal irrealizable, pero la historia nos demuestra que los ideales finalmente se concretan y actualizan como casos de un gran proceso teleológico universal. Este proceso no es más que la evidencia del accionar de esa exigencia que llamamos vida.